

La Madurez del Político.

**La relación entre juventud y responsabilidades de
gobierno.**

Héctor Ghiretti

CONICET – Universidad Nacional de Cuyo
Argentina

*Ah, but I was so much older then
I'm younger than that now.*
Bob Dylan

Esos viejos nuevos problemas¹

A menudo se pierde de vista que la tradición dominante -en términos históricos- de la filosofía política es la que se interesa por las condiciones personales del gobernante. Es, además, la que le dio origen. Eso puede verse claramente en la obra de los más destacados discípulos de Sócrates: Platón y Jenofonte.

Este punto de vista que imperó durante casi dos milenios parece haber desaparecido del campo de investigación y de reflexión propio, resurgiendo con fuerza en otros ámbitos, frecuentemente desvinculado de su extensa tradición. proclaman (y se presume de) descubrimientos de anchos territorios que sólo por no haber sido frecuentados recientemente, parecen inexplorados o vírgenes.

Fue cuando las organizaciones empresariales adquirieron una dimensión cercana a lo político que resultó necesario interesarse por las condiciones del mando, la ciencia del gobierno, los *arcana imperii*. Así, bajo la mimética de las *teorías del liderazgo*, de la *dirección de personas* y de la *administración de empresas* resurgieron los antiguos principios rectores del ejercicio del poder.

1 Esta investigación se llevó a cabo en el marco del plan personal de trabajo de CONICET, titulado "*La desespacialización de la política. Espacio y tiempo en el pensamiento político*".

Expulsados de su patria de origen, huérfanos de quienes les dieron vida, unas veces trasfigurados de gloria y esplendor y otras deformados o mutilados, esos principios volvieron para informar la actividad directiva en las instituciones que parecen concentrar el mayor dinamismo sociocultural de nuestros tiempos y definir un nuevo paradigma organizativo.

Pero esa es otra historia. En los orígenes de la filosofía política, uno de los asuntos que se plantearon con mayor atención y detalle fue el de la pedagogía política, y en relación con ella, la edad propia de la madurez del gobernante. ¿Qué educación debía darse al príncipe? ¿Cuándo estaría en condiciones de asumir sus graves responsabilidades?

El asunto parece hoy, en plena era democrática, definitivamente anacrónico, superado. En un sistema político que se funda en la creencia de que el soberano es el pueblo, el objetivo de educar al soberano pasa a ser un asunto de masas.

Pero, en una mutación característica, la educación en materia política pasa de ser una *formación para el gobierno* a una *educación democrática*, una *formación cívica o ciudadana*. No se prepara para gobernar, sino para conocer y usar los derechos y deberes que se poseen en tanto ciudadanos. Tal cambio no solamente no satisface la necesidad de capacitar una clase dirigente, sino que además la oculta. En la democracia real quien gobierna no es el pueblo, sino una o varias élites en pugna. Y si aún en el sistema democrático la política es asunto de pocos, no es menos cierto que el arte que la gobierna también es propio de minorías. La observación de Platón en su *Político* no ha perdido un ápice de vigencia: “Por tanto, si existe un arte real, ni la muchedumbre de los ricos ni el pueblo todo podrán ja-

más adquirir esta ciencia política”.²

Cabe preguntarse si el asunto de las relaciones entre juventud y política, derivado de aquel que se pregunta por las condiciones del gobernante, tiene la misma actualidad que en otros tiempos o si es posible pensar en una definitiva remisión o irrelevancia del asunto.

A mediados/fines de la década de 1960 los *conflictos político-generacionales* amenazaron con convertirse, quizá empujados por fenómenos demográficos paralelos o similares a los que en EEUU se denominó el *baby boom*, en la *contradicción principal*. Este conflicto alentó mientras se mantuvo vivo el ideal moderno de la revolución. El pico del descontento juvenil posterior al triunfo de los “barbudos” de Castro, desde la revuelta estudiantil en las universidades norteamericanas al Mayo francés, pasando por el levantamiento popular de Checoslovaquia, los Guardias Rojos de la Revolución Cultural en China y las protestas juveniles en los países de América Latina se dio cuando ya casi no había tiempo ni lugar para revoluciones.

Y si el ciclo histórico revolucionario en Occidente se cerró aproximadamente a fines de la década del cincuenta, la ilusión revolucionaria tardaría algo más en remitir. Ese ímpetu se apagó bruscamente: la lucha a muerte que Adolfo Bioy Casares describiera en el *Diario de la guerra del cerdo* perdió fuerza casi de golpe. No es menor el dato de que sólo muy puntualmente los movimientos juveniles consiguieron acceder al poder. La mayoría de ellos no superó la instancia de la expresión del descontento o la rebelión contra el sistema, pacífica o violenta.

La diversidad u oposición de las concepciones o con-

2 Platón. *Diálogos V. Parménides, Teeteto, Sofista, Político*. Traducción, introducción y notas por Ma. Isabel Santa Cruz, Álvaro Vallejo Campos y Néstor Luis Cordero. Madrid, Gredos, 2008, 300e, p. 594. También, de forma más amplia en 292d-e, pp. 579-580.

vicciones políticas en función de la edad parece resultar cada vez menos relevante, y es probablemente un buen síntoma del proceso de despolitización de las sociedades contemporáneas: la edad ha dejado de ser un campo de enfrentamiento. No parece haber perspectivas opuestas o proyectos enfrentados entre jóvenes y adultos en torno a la política.

Incluso podría decirse que existe una clara tendencia en los regímenes políticos contemporáneos a establecer unos límites implícitos de edad para la acción política. Los jóvenes se hallan excluidos, tanto por iniciativa propia como por trabas objetivas o de sistema, pero también se hallan fuera de ella los ancianos, las personas de edad avanzada que han superado la barrera de los 65 años, lo que Norberto Bobbio denomina la vejez burocrática.³

En general, los límites biológicos contemporáneos de la acción política se ubican entre pasada la treintena y no mucho más allá de los sesenta. Se trata en principio de unos valores entre los que parece existir una relación proporcionada entre vigor físico y mental, conocimiento y experiencia.

3 Fue el propio Norberto Bobbio quien se preguntó, en sus reflexiones sobre la vejez, por el protagonismo social de los ancianos en la época contemporánea, arribando a respuestas nada promisorias. El fenómeno universal del envejecimiento cultural (es decir, la fijación de las personas mayores en su esquema de conceptos y valoraciones adquiridos en la juventud) unido a los procesos de aceleración de los cambios y la prolongación de la vejez hasta estados de decrepitud han reducido drásticamente los márgenes de función social, económica, familiar, cultural y naturalmente política de los ancianos. Angustiado, el entonces cuasiocitogenario jurista y politólogo se pregunta: *¿pero cuál sabiduría?* Bobbio, Norberto. *De senectute e altri scritti autobiografici*. Milano, Einaudi, 1996, pp. 17-22. No es posible tratar aquí la cuestión de la participación política de los ancianos. Es un problema *simétrico* al que nos hemos planteado en esta ocasión, al que nos referiremos sólo puntualmente.

No obstante, suprimir toda consideración sobre el asunto equivaldría a negar la importancia fundamental de la edad y la madurez del gobernante, a dar por supuesto que las condiciones personales no influyen en las decisiones o en su acción. Si se traspasa la gruesa, dura e imprescindible capa ideológica de la legitimación democrática, se encuentra la invariable dimensión personal del ejercicio del poder. Más allá de sus pretensiones de institucionalización/ formalización, la democracia liberal contemporánea no ha superado el problema fundamental del candidato adecuado, *the right man*.

Entonces, las viejas cuestiones se plantean con toda la crudeza del caso: ¿qué aptitudes deben tener los gobernantes? ¿Son diversas a las que se han exigido en otras épocas? ¿Es seguro de que las cualidades personales asociadas con la edad se han vuelto irrelevantes? ¿A partir de qué momento es conveniente acceder a las funciones directivas? Y lo más importante, dentro el asunto que nos ocupa: ¿es posible concebir y poner en práctica un sistema de preparación para las responsabilidades de gobierno?

Preguntarse por la madurez del político es, como ya se ha visto, una forma especial de interesarse por sus condiciones. Las cuestiones relacionadas son múltiples y complejas: nuestro interés se centra en el modo en que algunos autores del canon de la filosofía política han tratado el problema en torno a la madurez del gobernante, o para decirlo de otro modo, de las relaciones entre juventud y responsabilidades de gobierno. A partir de este relevamiento será posible estimar la actualidad o la obsolescencia de tales desarrollos.

Platón: pedagogía y juventud

Puede decirse que *La República* es, esencialmente, un

tratado de pedagogía del gobernante. Platón dedica una sustancial porción de su extenso diálogo a definir, en función de una concepción integral de la justicia, una teoría de la clase dirigente, tanto en sus características como en su composición y sobre todo su formación. Según explica, las responsabilidades de gobierno son propias de las personas adultas, sin excepción. El diálogo de Sócrates con Glaucón es explícito en ese sentido: “-¿Es, pues, evidente que los gobernantes deben ser más viejos y más jóvenes los gobernados? -Evidente.”⁴

Platón propone un extenso programa de formación integral del gobernante y excluye toda participación de los jóvenes en la política. Su ideal de dirigente político es un hombre o mujer maduro que ha concluido su formación intelectual y su preparación física, y está en la plenitud de sus fuerzas. Pero además, la formación superior que debe darse a los hombres y mujeres selectos que se consideran capacitados para el gobierno no puede recibirse sino en condiciones particulares de madurez. La dialéctica forma parte de esa formación superior.

-¿Y no es una gran precaución la de que no gusten de la dialéctica mientras sean todavía jóvenes? Porque creo que no habrás dejado de observar que, cuando los adolescentes han gustado por primera vez de los argumentos, se sirven de ellos como de un juego, los emplean siempre para contradecir y, a imitación de quienes les confunden, ellos a su vez refutan a otros y gozan como cachorros dando tirones y mordiscos verbales a todo el que se acerque a ellos.

-Sí, gozan extraordinariamente- dijo.

-Y una vez que han refutado a muchos y sufrido también

4 Platón. *La República*. Traducción, notas y estudio preliminar de José Manuel Pabón y Manuel Fernández-Galiano. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1997, 412c, t. II, p. 51.

muchas refutaciones, caen rápidamente en la incredulidad con respecto a todo aquello en que antes creían, y como consecuencia de esto desacreditan ante los demás no sólo a sí mismos, sino también a todo lo tocante a la filosofía.

-Muy cierto- dijo.

-En cambio -dije yo- el adulto no querrá acompañarles en semejante manía, e imitará más bien a quien quiera discutir para investigar la verdad que a quien por divertirse haga un juego de la contradicción; y así, no sólo se comportará él con mayor mesura, sino que convertirá la profesión de deshonrosa en respetable.

-Exactamente- dijo.

-¿Y no es por precaución por lo que ha sido dicho todo cuanto precedió a esto, lo de que sean disciplinados y firmes en sus naturalezas aquellos a quienes se vaya a hacer partícipes de la dialéctica, de modo que no pueda aplicarse a ella, como ahora, el primer recién llegado que carezca de aptitud?

-Es cierto- dijo.

-¿Será, pues, suficiente que cada uno se dedique al estudio de la dialéctica de manera asidua e intensa, sin hacer ninguna otra cosa, sino practicando con el mismo ahínco que en los ejercicios corporales durante un número de años doble que antes?

-¿Son seis-dijo-o cuatro los que dices?⁵

Platón concibe una formación para el gobierno que excluye totalmente la experiencia directa en responsabilidades políticas. Quienes se inician en el estudio de la dialéctica han emergido de la caverna. Sólo cuando esta dedicación haya concluido -aproximadamente a los 35 años de edad- serán obligados a descender nuevamente a ella, encargándose de las tareas para las cuales han sido preparados.

5 Idem, 539b-d, t. III, pp. 45-46.

-No te preocupes-dije-: pon cinco. Porque después de esto los tendrás que hacer bajar de nuevo a la caverna aquella, y habrán de ser obligados a ocupar los cargos atañedores a la guerra y todos cuantos sean propios de jóvenes, para que tampoco en cuanto experiencia queden por debajo de los demás. Y habrán de ser también probados en estos cargos para ver si se van a mantener firmes cuando se intente arrastrarles en todas direcciones o si se moverán algo.⁶

La primera experiencia en los asuntos públicos que prevé Platón corresponde a cargos subordinados, como asuntos relacionados con la guerra y “propios de jóvenes”. Trasladándolo a criterios contemporáneos se podría equiparar esa primera experiencia a lo que se conoce como administración. La permanencia en este ámbito debe ser, asimismo, prolongada.

Las responsabilidades políticas propiamente dichas, aquellas que se ocupan de los fines y los medios proporcionados, sólo deben asumirse a una edad avanzada, cuando declinan las pasiones. Las posiciones más altas deben combinarse con tareas de formación de las generaciones más jóvenes.

-¿Y cuánto tiempo fijas para esto?- dijo.

-Quince años-contesté-. Y una vez que hayan llegado a cincuentenarios, a los que hayan sobrevivido y descollado siempre y por todos conceptos en la práctica y en el estudio, hay que conducirlos ya hasta el fin y obligarlos a que, elevando el ojo de su alma, miren de frente a lo que proporciona luz a todos; y cuando hayan visto el bien en sí se servirán de él como modelo durante el resto de su vida, en que gobernarán, cada cual en su día, tanto a la ciudad y a los particulares como a sí mismos; pues aunque dediquen la mayor parte del tiempo a la filosofía, tendrán

6 Idem, 539e, t. III, p. 46.

que cargar, cuando les llegue a su vez, con el peso de los asuntos políticos y gobernar uno tras otro por el bien de la ciudad y teniendo esta tarea no tanto por honrosa como por ineludible. Y así, después de haber formado cada generación a otros hombres como ellos a quienes dejen como sucesores en la guarda de la ciudad, se irán a morar en las islas de los bienaventurados, y la ciudad les dedicará monumentos y sacrificios públicos, honrándoles como a démones, si lo aprueba así la pitonisa, y si no, como a seres beatos y divinos.⁷

Aristóteles: madurez y experiencia

Aristóteles, por su parte, es categórico en su rechazo a la participación de los jóvenes en política: “no parece que puedan ser prudentes”.⁸ Incluso parece seguir los lineamientos básicos de su maestro en lo que hace a su aptitud para aprender cuestiones de gobierno, puesto que ni siquiera concede que sean discípulos (ἀκροατής) adecuados en esta materia.

Por otra parte, cada uno juzga bien aquello que conoce, y de eso es bien juez; de cada cosa particular el instruido en ella, y de una manera el instruido en todo. Por esta razón, el joven no es discípulo apropiado para la política, ya que no tiene experiencia de las acciones de la vida, y la política se apoya en ellas y sobre ellas versa; además, por dejarse llevar de sus sentimientos, aprenderá en vano y sin provecho, puesto que el fin de la política no es el conocimiento sino la acción; y es indiferente que sea joven en edad o de carácter, pues el defecto no está en el tiempo,

7 Idem, 540a-c, t. III, pp. 46-47.

8 Aristóteles. *Ética a Nicómaco*, Edición y traducción de Julián Marías y María Araujo. Introducción y notas de Julián Marías. 7ed. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1999, 1142^a, pp. 95-96.

sino en vivir y procurar todas las cosas de acuerdo con la pasión. Para tales personas, el conocimiento resulta inútil, como para los intemperantes, en cambio, para los que encauzan sus deseos y acciones según la razón, el saber acerca de estas cosas será muy provechoso.⁹

Para adquirir la condición de discípulo en materia política es imprescindible la experiencia previa, algo de lo que carece el joven. Es notorio, por otra parte, que se empeñe en dejar claro que no es estrictamente una cuestión de edad biológica o cronológica, sino de madurez. Aristóteles no se plantea un programa de formación de la clase dirigente, sino una educación básica destinada a todos los ciudadanos, tal como se puede ver a lo largo del libro V (VIII) de la *Política*,¹⁰ aunque la *Ética a Nicómaco* deba leerse como un detallado estudio sobre los hábitos de conducta propios del gobernante.

El texto deja pocas dudas sobre la posición del Estagirita en torno a la participación de los jóvenes en la política. Pero abre un problema de gran magnitud. Como ya se vio, Platón concibe un muy bien definido sistema de formación y selección de gobernantes, y también un período de experimentación como cierre del ciclo formativo. Su ventaja es operar en el marco de un sistema “cerrado”, con procesos previos de selección y también con exigencias bien definidas en materia de régimen de vida de los gobernantes. En Platón, educación para el gobierno y experiencia de gobierno están perfectamente ensamblados.

9 Idem, 1095^a, pp. 2-3.

10 “Puesto que toda ciudad tiene un solo fin, es claro que también la educación tiene que ser una y la misma para todos los ciudadanos, y que el cuidado de ella debe ser cosa de la comunidad y no privada”. Aristóteles. *Política*. Edición y traducción de Julián Marías y María Araujo. Introducción y notas de Julián Marías. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1989, 1337^a, p. 149.

Aristóteles, por su parte, se pronuncia claramente contra la participación de jóvenes en política, demandándoles una experiencia previa, pero no explica de qué modo pueden adquirirla. Tampoco explica -más allá del punto no menor de prescribir una fase de discipulado en materia de gobierno- qué deben saber o cómo deben ser preparados los que asumirán responsabilidades políticas. Es evidente que el Estagirita plantea un sistema “abierto”, en el que no hay una clara definición en torno a la composición de las élites dirigentes, y por tanto resulta difícil establecer un plan de formación diferenciado para ellas.

Así, si por un lado Platón señala la necesidad de que las élites dirigentes reciban una formación especial y puedan ganar una experiencia previa a asumir las responsabilidades políticas más altas, Aristóteles por su parte se sitúa, respecto de este asunto, en una posición que es muy similar a la nuestra. Las respuestas que podría darnos el Estagirita en torno a la formación y la experiencia del gobernante deben extraerse de lo conjetural.

¿Dónde se puede adquirir esa experiencia, qué debe hacerse para ganarla? La respuesta puede encontrarse entre las condiciones que fija para acceder a la ciudadanía. Aristóteles define por descarte a su ciudadano como un propietario de una οἰκία, una unidad doméstica lo suficientemente grande como para relevarlo de las tareas manuales y otras formas inferiores de ocupación (artesanía, comercio) y permitirle el imprescindible ocio o contemplación. La experiencia previa que demanda el discipulado en materia política provendría por tanto de la conducción acertada de la casa.¹¹

11 “La ciudad más perfecta no hará ciudadano al obrero; y en el caso de que lo considere ciudadano, la virtud del ciudadano que antes se explicó no habrá de decirse de todos, ni siquiera de los libres solamente, sino de los que están exentos de los trabajos necesarios.

Otra respuesta, más concreta pero a la vez más problemática, se encontraría en su famoso pasaje en torno a la obediencia como pedagogía esencial para el mando.

Indudablemente, el hombre bueno, el político y el buen ciudadano no deben aprender los trabajos de esa clase de subordinados, a no ser para utilizarlos de un modo completamente personal; de no ser así, dejarían de ser el uno amo y el otro esclavo; pero hay un cierto mando en virtud del cual se manda a los de la misma clase y a los libres, y ése decimos que es el imperio político, que el gobernante debe aprender siendo gobernado, como se aprende a ser general de infantería sirviendo a las órdenes de otro, y general de infantería sirviendo bajo el mando de otro y siendo jefe de regimiento y compañía. Por eso se dice con razón que no puede mandar quien no ha obedecido. La virtud de éstos es distinta, pero el buen ciudadano tiene que saber y poder tanto obedecer como mandar, y la virtud del ciudadano consiste precisamente en conocer el gobierno de los libres desde ambos puntos de vista.¹²

Aristóteles parece identificar uno de los presupuestos para aprender el arte del mando (es decir, la obediencia inteligente y recta) con la pedagogía para el gobierno. En efecto, aprender a obedecer no equivale a aprender a gobernar.

Así, tanto Platón como Aristóteles desaconsejan viva y explícitamente la dedicación de jóvenes a las tareas de gobierno. Platón resuelve el problema de la formación para el gobierno y la experiencia previa para asumir responsabilidades políticas con un sistema cerrado de selección previa y con un estricto *cursus honorum*, que incluye

De los que realizan los trabajos necesarios, los que los hacen para servicio de uno sólo son esclavos, los que sirven a la comunidad, obreros o labradores." Idem, 1278^a, p. 76.

12 Idem, 1277b, 6-16, p. 75.

experiencias de complejidad y responsabilidad progresiva. En sistemas abiertos, como el que parece plantear Aristóteles, el problema permanece irresuelto.

Excursus: experiencias en condiciones controladas

No puede decirse que el problema de la experiencia previa a la acción política no haya sido contemplada por los autores clásicos. Se encuentran textos que abordan este asunto desde lo que podría denominarse como el ciclo formativo del gobernante. Tanto Platón como Jenofonte se plantean la posibilidad de que los futuros gobernantes realicen experiencias en condiciones controladas.

Platón concibe un periodo de prueba para los jóvenes guardianes, en el cual se podrá decidir si tienen condiciones suficientes para continuar en el itinerario que los convertirá en gobernantes.

-Pero ¿no será preciso -seguí- instituir una tercera prueba de otra especie, una prueba de seducción, y observar su conducta en ella? Lo mismo que se lleva a los potros adonde hay ruidos y barullo con el fin de comprobar si son espantadizos, igualmente hay que enfrentar a nuestros hombres, cuando son jóvenes, con cosas que provoquen temor, y luego introducirlos en los placeres. Con ello los probaremos mucho mejor que al oro con el fuego, y comprobaremos si el examinado se muestra incorruptible y decente en todas las situaciones, buen guardián de sí mismo y de la música que ha aprendido, y si se comporta siempre con arreglo a las leyes del ritmo y la armonía; si es, en fin, como debe ser el hombre más útil tanto para sí mismo como para la ciudad. Y al que, examinado una y otra vez, de niño, de muchacho y en su edad viril, salga airoso de la prueba, hay que instaurarlo como gobernante y guardián de la ciudad, concederle en vida dignidades y, una vez difunto,

honrar sus despojos con los más solemnes funerales y su memoria con monumentos; pero al que no sea así hay que desecharlo. Tal me parece, Glaucón -concluí-, que debe ser el sistema de selección y designación de gobernantes y guardianes; esto hablando en líneas generales y prescindiendo de pormenores.¹³

También propone someter a los niños a la experiencia del combate en condiciones controladas. El filósofo advierte en esta práctica un doble propósito, tanto pedagógico para el caso de los niños como de incentivo moral para el caso de sus progenitores.

-En lo que toca a la guerra –observé-, creo que está claro el modo en que han de hacerla.

-¿Cómo?- preguntó.

-Han de combatir en común y han de llevar asimismo a la guerra a todos los hijos que tengan crecidos, para que, como los de los demás artesanos, vean el trabajo que tienen que hacer cuando lleguen a la madurez; además de ver, han de servir y ayudar en todas las cosas de la guerra, obedeciendo a sus padres y a sus madres. ¿No te das cuenta, en lo que toca a los oficios, cómo los hijos de los alfareros está observando en servicio durante largo tiempo antes de dedicarse a la alfarería?

-Bien de cierto.

-¿Y han de poner más empeño estos alfareros en educar a sus hijos que los guardianes a los suyos con la práctica y observación en lo que a su arte conviene?

-Sería ridículo- dijo.

-Por lo demás, todo ser vivo combate mejor cuando están presentes aquellos a quienes engendró.

-Desde luego; pero no es pequeño ¡oh Sócrates!, el peligro de que los que caigan, como suele suceder en la guerra, además de llevar a sí mismos y a sus hijos a la muerte,

13 Platón, *La República*, 413d-414a, p. 53.

dejen a su ciudad en la imposibilidad de reponerse.

-Verdad dices –repuse-; pero ¿juzgas, en primer lugar, que se ha de proveer a no correr nunca peligro alguno?

-De ningún modo.

-¿Y qué? Si alguna vez se ha de correr peligro, ¿no será cuando con el éxito se salga mejorado?

-Claro está.

-¿Y te parece que es ventaja pequeña y desproporcionada al peligro el que vean las cosas de la guerra los niños que, al llegar a hombres, han de ser guerreros?

-No; antes bien, va mucho en ello, conforme a lo que dices.

-Se ha de procurar, pues, hacer a los niños testigos de la guerra, pero también tratar de que tengan seguridad en ella, y con esto todo irá bien; ¿no es así?

-Sí.

-¿Y no han de ser sus padres –dije- expertos en cuanto cabe humanamente y conocedores de las campañas que ofrecen riesgo y las que no?

-Es natural- dijo.

-Y así, los llevarán a estas últimas y los apartarán de las primeras.

-Exacto.

-Y colocarán frente a ellos como jefes –dije-, no a gentes ineptas, sino a capitanes aptos por su experiencia y edad y propios para la dirección de los niños.

-Así procede.

-Pero se dirá que también ocurren muchas cosas contra lo que se ha previsto.

-Bien seguro.

-Por ello, amigo, hay que dar alas a los niños desde su primera infancia, a fin de que, cuando sea preciso, se retiren en vuelo.

-¿Cómo lo entiendes?- preguntó.

-Han de cabalgar desde su primera edad –dije-, y una vez

enseñados, han de ser conducidos a caballo a presenciar la guerra, no ya en corceles fogosos y guerreros, sino en los más rápidos y dóciles que se pueda hallar. Esta es la mejor y la más segura manera de que observen el trabajo que les atañe; y, si hace falta, se pondrán a salvo siguiendo a sus jefes de mayor edad.”¹⁴

Las experiencias que propone Platón para los futuros gobernantes buscan probar o templar el ánimo de los jóvenes en contextos adversos o problemáticos para la función respecto de la cual han sido seleccionados y preparados: placeres, oportunidades de corrupción o provecho personal, lucha armada. Se trata de experiencias que no son propiamente políticas, en las que no se juzga su conocimiento o su capacidad prudencial para tomar decisiones correctas, sino sobre todo su carácter moral o su fortaleza psicológica.¹⁵

Militar es asimismo la experiencia que Jenofonte describe en la educación de Ciro. El joven príncipe de los persas se encamina a alistarse con sus tropas en una campaña contra los asirios, comandada por su tío, el rey medo Ciaxares. Aprovecha la compañía de su padre, el rey Cambises, para pedirle consejos sobre la conducción militar y la manera de prevalecer sobre sus enemigos.

-Pero ¿cuál es el mejor medio para adquirir la superioridad sobre los enemigos, padre?

-Por Zeus, respondió Cambises, lo que me preguntas no es ya un asunto desdeñable ni sencillo; pero sabe bien que quien lo pretenda conseguir debe ser conspirador, disimulado, tramposo, mentiroso, ladrón, bandido y superior en todo a sus enemigos.

-Por Heracles, padre, ¿en qué clase de hombre dices tú que

14 Idem, 467, pp. 145-147.

15 El símil del alfarero, en ese sentido, no parece del todo válido para ilustrar la curiosa pedagogía de las armas que propone.

debo convertirme!

-Con tal conducta, hijo mío, serías el varón más justo y conforme a las normas establecidas.

-Entonces, ¿cómo es que cuando éramos niños y efebos nos enseñabais lo contrario?

-Si, por Zeus, replicó Cambises, y todavía en la actualidad lo hacemos de cara a amigos y conciudadanos, pero, para ser capaces de perjudicar a los enemigos, ¿no sabes que aprendisteis muchas malicias?

-Por mi parte, yo no, padre, dijo Ciro.

-Entonces, preguntó Cambises, ¿para qué aprendisteis a tirar al arco, a disparar la lanza, a cazar jabalíes engañándolos con redes y fosas, y a ciervos con cepos y cuerdas? ¿Por qué no luchabais con leones, osos y leopardos en igualdad de condiciones, y siempre intentabais combatirlos con algún tipo de ventaja? ¿O no comprendes que todo eso son malicias, engaños, trampas, y ventajas fraudulentas?

-Si, por Zeus, exclamó Ciro, pero se trataba de animales salvajes; en cambio, si se trataba de hombres, aunque sólo diera la impresión de pretender engañar a alguien, sé que recibía muchos golpes.

-En efecto, no os permitíamos, creo, tirar al arco, ni disparar la lanza a personas, sino que os enseñábamos a tirar a un blanco para que en ese momento no dañárais a los amigos, pero para que, si alguna vez se producía una guerra, pudierais apuntar a hombres también. Y os educábamos en el arte del engaño y la ventaja fraudulenta no en caso de los hombres, sino de animales, y no para dañar a vuestros amigos en estos ejercicios, sino para que, si alguna vez se producía una guerra, no estuvierais desentrenados al respecto.

-Así que, padre, dijo Ciro, si es útil conocer ambas conductas: beneficiar y perjudicar a los hombres, se nos

debían haber enseñado ambas en el caso de los hombres.¹⁶

Cambises -con unos argumentos que tienen mucho en común con el ya citado pasaje en el que Platón desaconseja el aprendizaje de la dialéctica entre los jóvenes- explica que hace tiempo un maestro intentó enseñar a los niños el arte del engaño, con resultados desastrosos, y en consecuencia se decidió que nunca más se practicara tal pedagogía. El diálogo de Ciro y su padre es delicioso y fecundo, por la variedad de registros que toca y de problemas que plantea. La perplejidad moral de Ciro, el choque psicológico contra una realidad inadvertida, implica un verdadero y acelerado proceso de maduración política.

No obstante, el texto está lejos de describir o prescribir una experiencia política propiamente dicha, no solamente por las razones que antes se han expuesto respecto de Platón -es decir, que para la perspectiva de la filosofía política clásica la guerra es, respecto de la responsabilidad de gobierno, un instrumento, un medio subordinado entre los muchos que tiene la política- sino porque además da por supuesto y resuelto un problema que es propiamente *político*, del cual no es posible afirmar que la Grecia clásica no fuese consciente, como puede verse en el *Áyax* de Sófocles:

¿Cómo nosotros no vamos a saber ser sensatos? Yo incluso, puesto que ahora sé que el enemigo debe ser odiado por nosotros hasta el punto que sea compaginable con la idea de que también puede volver a ser amigo, y ante el amigo dispuesto estaré a ayudarle colaborando en la medida apropiada a la idea de que no perseverará por siempre. En la mayoría de los mortales, en efecto, inseguro es el puerto de la amistad.¹⁷

16 Jenofonte. *Ciropeia*. Traducción y notas de Ana Sansalvador. Madrid, Gredos, I, 27-31, pp 74-76.

17 Sófocles. *Ayax, Las Traquinias, Antígona, Edipo Rey*. Edición prepara-

Este problema es el de la determinación del *amigo* y el *enemigo*. Jenofonte presenta un esquema de distinción que sólo es aplicable en el campo de batalla, cuando la lucha es declarada, y por eso es posible emplear animales para preparar a los príncipes a tratar con los adversarios. En cambio, la determinación de propios y oponentes, el trato que se debe dispensárseles, las posibles evoluciones o inversiones que sufren esas relaciones son materia de deliberación prudencial, extremadamente compleja, arriesgada y sujeta a cambios.¹⁸

La cuestión aparece asimismo en la *República*. Platón, a través de su *alter ego* Sócrates, discute la tesis que postula Polemarco: justicia es hacer bien a los amigos y hacer mal a los enemigos. Sócrates intenta inicialmente explotar un punto débil de la definición de Polemarco, al señalar que en ocasiones resulta difícil distinguir entre amigos y enemigos. Pero no avanza sobre este argumento y prefiere responder con la idea de que al hombre justo le está vedado hacer el mal a nadie (recurriendo, significativamente, a la analogía de la cría de caballos y perros).¹⁹

El recurso argumentativo resulta débil y deja en pie varios problemas importantes. ¿Cómo se distingue a los amigos de los enemigos? ¿Es necesario distinguir entre contextos de enemistad personal y política? ¿Cuál es la

da por José María Lucas de Dios. Madrid, Editora Nacional, 1977, 678-684, p. 78.

18 De hecho la narración que se encuentra en la *Ciropedia* es la del propio Ciro, quien a través de pactos y negociaciones, en un ejercicio de aptitud política, consigue convertir a muchos integrantes de la coalición enemiga en aliados.

19 Platón, *La República*, 334b-336a, pp. 15-19.

conducta adecuada con el enemigo, en uno y otro contexto? Parece que al hombre justo, tal como concluye Sócrates, le está vedado distinguir entre amigos y enemigos, puesto que no supone aplicar ni prescribir distintas conductas debidas. Pero ¿cómo debe comportarse en una situación que lo enfrenta a una hostilidad manifiesta, personal o política? El imperativo que lo rige, de no hacer el mal, en ese contexto de enemistad ¿es absoluto, o más bien relativo, es decir, no puede infligirle un mal o un daño indebido?

En cualquier caso, la distinción entre amigo y enemigo es un problema esencial, al punto que se ha convertido en el único concepto que ha supuesto, en la tradición de la filosofía política, una idea explícitamente alternativa de lo político, en complementariedad/contraposición con el concepto clásico.²⁰

Maquiavelo: la juventud, dominadora de la fortuna

Quien advierte agudamente el problema político fundamental de la relación con amigos y enemigos (identificación, trato debido, dinámica), aunque no lo formule de forma explícita ni haga de él un tratamiento monográfico, es Nicolás Maquiavelo. Pero además, el florentino es el autor que rompe con la tradición clásica, mantenida durante toda la Edad Media, de prevención contra la participación de los jóvenes en la política.

Contra toda la tradición, Maquiavelo afirma la superioridad del joven en materia de acción política. Es con ocasión de su explicación en torno a la *fortuna*, factor decisivo en la obtención, la conservación y el aumento del poder político, que se pone del lado de la impetuosidad

²⁰ Schmitt, Carl. *El concepto de lo político. Texto de 1932 con un prólogo y tres corolarios*. Madrid, Alianza, 1999.

juvenil, frente al respeto, la tibieza o la circunspección de los hombres maduros.

Concluyo, pues, que si la fortuna varía con el tiempo y los hombres continúan obstinados en su modo de obrar, serán felices, ciertamente, mientras semejante conducta sea acorde con la fortuna misma; serán desgraciados, en cambio, si su habitual proceder se pone en discordancia con ella. Pensándolo bien, vale más ser impetuoso que respetuoso, porque la fortuna es mujer y por ello conviene, para conservarla sumisa, zaherirla y golpearla. En calidad de tal se deja vencer más de los que la tratan así que de los que proceden fríamente: como mujer, es siempre amiga de los jóvenes, porque son menos circunspectos, más feroces y la rigen con mayor audacia.²¹

Nótese que Maquiavelo exalta las virtudes juveniles en el contexto temático de la *fortuna*, no de la *virtú*, ni de esa caracterización híbrida que muestran sus metáforas sobre las condiciones para el gobierno (el príncipe como *centauro*, mitad hombre y mitad bestia, o la combinación de las condiciones del *león* y la *zorra*, como compuesto de fuerza y astucia).

Es interesante observar las condiciones histórico-políticas en las que el pensador florentino desarrolla su concepción del gobernante renacentista, rompiendo con la tradición clásica sobre las difíciles relaciones entre ju-

21 *Concludo adunque che, variando la fortuna e' tempi e stando li uomini ne' loro modi ostinati, sono felici mentre concordano insieme e, come e' discordano, infelici. Io iudico bene questo, che sia meglio essere impetuoso che respettivo: perché la fortuna è donna ed è necessario volendola tenere sotto, batterla e urtarla. E si vede che la si lascia più vincere da questi, che da quegli che freddamente procedono: e però sempre, come donna, è amica de' giovani, perché sono meno respettivi, più feroci e con più audacia la comandano.* Machiavelli, Niccolò. *Il Principe*. Nuova edizione a cura di Giorgio Inglese. Torino, Einaudi, 1995, XXV, 25-27, p. 167. La traducción es nuestra.

ventud y política. Federico Chabod describe con precisos y elocuentes trazos el contexto histórico de *El Príncipe*. El s. XIV fue el del debilitamiento y la decadencia de la estructura institucional de las Comunas italianas.

Esta estructura institucional fue suplantada por un poder personal, único capaz de pacificar y mediar en los conflictos internos y externos que afectaban a las ciudades del Centro y Norte de la península. Este poder personal, el de los señores urbanos, fue imponiéndose conforme se perdía el antiguo espíritu ciudadano y la conciencia política en los núcleos urbanos soberanos.

El proceso pareció ser el inicio de la evolución hacia formas modernas de Estado en lo que hace a la expansión territorial de cada ciudad hacia sus entornos rurales y núcleos urbanos subordinados, la centralización del poder, la homogeneización de la administración y del derecho y una incipiente institucionalización del poder personal en forma de principado.

Pero ese proceso hacia formas monárquicas modernas quedó trunca por las tensiones políticas, económicas y sociales que había producido el derrumbe del espíritu ciudadano y de la institucionalidad de las comunas medievales. En consecuencia el poder personal quedó fijado en una provisionalidad permanente, desprovisto de legitimación institucional, en una precariedad constante, que lo hizo vulnerable al embate de señores feudales, hombres de armas, diplomáticos, mercaderes y demás aventureros fortalecidos por la habilidad política o las meras circunstancias.²²

El interlocutor y a la vez el paradigma de político que Maquiavelo elige para componer su libro es un “prínci-

22 Chabod, Federico. *Escritos sobre Maquiavelo*. México, FCE, 2005, pp. 41-64.

pe nuevo”, un hombre que acaba de conseguir el poder por medios propios o ajenos, o está en trance de hacerlo. Ni los principados eclesiásticos ni los hereditarios, ni las formas comunales de autoridad política le interesan demasiado. Y por tanto su objeto de estudio es un príncipe en plena batalla por la adquisición, el aumento o la consolidación de su poder.

En este sentido, una “condición temprana o inestable” del poder determina directamente su concepción de las condiciones juveniles del príncipe, la impetuosidad y la fuerza necesaria para obtener y conservar ese poder precario, siempre amenazado, pendiente de una permanente ponderación sobre los amigos, los enemigos y el modo de relacionarse con ellos. El de Maquiavelo es un príncipe esencialmente guerrero, beligerante.

Esta condición precaria o provisional del poder lo asimila a las formas subordinadas de acción política según la concepción clásica, es decir, la guerra en su carácter de instrumento de la política. El poder político *pleno*, consolidado, propiamente rector, de naturaleza *arquitectónica* según la célebre y feliz metáfora de Aristóteles, no es materia de estudio para Maquiavelo. A un poder naciente, amenazado, corresponde un príncipe joven o que se comporta con ímpetu y fuerza juvenil.²³

23 Gerhard Ritter explica cuál es la virtud política requerida en momentos de surgimiento de un poder político nuevo. “Siempre que el Estado surge en la Historia, aparece inicialmente como una belicosa acumulación de poder, la política como una lucha por el poder, la virtud política como talante guerrero, como disposición para la lucha, con sus consecuencias naturales de “hostilidad” total y eventualmente aniquilación del enemigo. Así considerada, la virtud política es lo mismo que la virtud guerrera: *andreia*, actitud viril, bravura del ánimo, claridad y gusto por la decisión de la voluntad, presteza para el riesgo, dureza contra sí mismo y, si es

Mucho se ha dicho y escrito sobre la capacidad teórica de Maquiavelo para describir las formas modernas de la política, y también para descubrir aspectos que la concepción clásica había ignorado o silenciado. Bastante menos, sobre la esencial compatibilidad entre su idea de la política y el régimen democrático liberal. El asunto es bien interesante y ciertamente complejo pero no es éste el lugar para profundizar en él. No obstante resulta importante, para lo que venimos tratando, señalar qué aspectos del gobernante democrático contemporáneo se pueden encontrar anticipados y descritos en el perfil del príncipe maquiavélico.

A su modo, el gobernante democrático es un “príncipe nuevo” permanente, en lucha continua por el poder, siempre necesitado de renovadas legitimaciones. A esa condición se agrega, en los últimos tiempos, el desafío a la legitimidad democrática que surge con los procesos de globalización y la definitiva remisión del siempre precario y difuso principio de la soberanía nacional.

Entretanto, el príncipe maquiavélico ha dejado de ser un *guerrero* para adoptar el paradigma del *trabajador*, del gestor a tiempo completo, en actividad incesante, electoral, directiva o administrativa. En la actualidad, el arquetipo del gobernante no es el del sabio práctico, que

necesario, también contra los otros, puntilloso sentido del honor, decisión para luchar hasta el fin contra todo obstáculo sin preocuparse por las consecuencias destructoras de toda lucha.” Este es el marco de referencia en el que teoriza Maquiavelo. Ritter agrega que lo propio del Estado no es la guerra -“si hubiese un Estado que no se elevase por encima de lo simplemente bélico, no merecería el nombre de Estado, sino más bien el de “horda”- sino el orden, la paz y el derecho. Vistas así las cosas tendrán un valor primordial para la política virtudes tales como las de sentido jurídico y comunitario, sensibilidad social, buen trato.” Ritter, Gerhard. *El problema ético del poder*. Madrid, Revista de Occidente, 1972, pp. 101-103.

requiere hábitos de reflexión y estudio para poder tomar las decisiones acertadas, sino el del activista incansable.

Así, el requerimiento de un gobernante juvenil se mantiene. Pero existen limitaciones objetivas a la juventud del político, y eso puede verse en el escenario actual. En general, los sistemas políticos contemporáneos rechazan a la juventud extrema para los responsabilidades políticas más altas. Incluso se da el caso de que regímenes surgidos de revoluciones que se presentaron en su momento como la forma más radical e insuperable de modernización –conocidos como *socialismos realmente existentes*– desembocan en *gerontocracias* dirigidas por hombres al borde de sus capacidades mentales.²⁴

Pero en regímenes democrático liberales, los gerontes son, al igual que los jóvenes, resistidos. La encendida apología que puede encontrarse en las *Moralia* de Plutarco, en favor de la permanencia de los ancianos en cargos de gobierno, parece no ajustarse, por razones que no sería difícil descubrir, a la sensibilidad democrática contemporánea.

Más allá de las preferencias electorales de los regímenes democráticos o la escasa renovación del liderazgo en sistemas de partido único, lo cierto es que el paradigma del trabajador difícilmente esté a la altura de los desafíos de la política contemporánea. Entornos esencialmente cambiantes requieren, sin dudas, capacidad de reacción, pero en no menor medida reflexión y aptitudes de estudio

24 El término *gerontocracia* es elocuente pero no muy preciso. Resulta más adecuado calificarlas de *autocracias seniles*: la antigua URSS, Corea del Norte, Cuba, Rumania en tiempos de la Cortina de Hierro. La República Popular China en los últimos años parece haber evolucionado de un sistema autocrático senil a un régimen de partido único con renovación periódica de cargos ejecutivos. Lo mismo parece ocurrir en Cuba.

para comprender los procesos y trazar políticas claras y líneas perdurables de acción. El equilibrio prescrito por los clásicos no ha perdido vigencia.

Conclusión: la actualidad de los clásicos

Madurez psicológica o edad madura no es sinónimo de madurez política. La pregunta que se hicieron los clásicos sigue en pie: ¿cuándo llega un político a la sazón, cuándo supera esa adolescencia prolongada de la mayoría en lo que hace a capacidades de gobierno?

Las condiciones que desde entonces se exigen a los políticos no han variado mucho: una perspectiva adecuada y profunda de lo que es común y por tanto una visión universal y fundada (condiciones intelectuales), virtudes personales (calidad moral), experiencia suficiente en las dificultades y desafíos de la vida en sociedad (condiciones intelectuales y morales probadas en contextos complejos o dificultosos) y capacidad para actuar y decidir acertadamente (condiciones directivas).

Independientemente de la edad que se estime como adecuada para iniciarse en las tareas de gobierno, la formación del político lleva tiempo. La madurez para la política no se alcanza con la conclusión de la formación académica en todas sus fases actuales, ni tampoco con la madurez psicológica.²⁵

25 Preciso es advertir, no obstante, sobre el hecho de que una preparación para el gobierno no debe extenderse al punto que termine enervando las potencialidades del futuro político o trascienda la edad estimada de receptividad, propia de toda formación. La reflexión de Ricardo Rovira en torno a los márgenes de la formación política es muy atinada. "Por todo esto, a la hora de orientar los programas de capacitación y mejora para quienes se dedican a la vida pública hay dos preguntas no fáciles de responder: ¿Cómo hacer para no llegar *demasiado temprano* con quienes aún no tienen madurez humana ni experiencia profesional para valorar y apro-

Si aquella pregunta de los clásicos mantiene su vigencia, y sucede lo propio con las condiciones requeridas para el gobernante, deberá retornarse con espíritu receptivo a las respuestas que aquellos ofrecieron al respecto. Resulta imprescindible reconocer a Platón la necesidad de una formación básica integral, que en la actualidad se adquiere en el ciclo educativo completo y culmina con el grado universitario.²⁶

Es allí donde se adquiere una mentalidad científica, una comprensión universal y necesaria de algún aspecto de la realidad, como condición para extender esa perspectiva a otros ámbitos. Pero si Platón muestra acertadamente la necesidad de esa formación física, moral e intelectual básica, su tesis sobre la experiencia necesaria no parece ser muy aplicables en sistemas abiertos.

Es Aristóteles, en este caso, quien señala sucintamente que es necesaria una experiencia previa a la iniciación al discipulado en materia política. Es pertinente analizar detalladamente su afirmación. Aristóteles entiende que esa experiencia es previa a la política y por tanto *extrapolítica* o *prepolítica*, o al menos no política en el sentido propio o estricto del término.

Pero eso no equivale a ser un neófito en materia de

vechar bien la formación que se va a impartir? Y ¿qué hacer para no llegar *demasiado tarde* con quienes ya pueden ser impermeables a los altos ideales necesarios para acometer del modo adecuado ese servicio público, y en el mejor de los casos, han caído ya en un pragmatismo resignado?" Rovira, Ricardo. *La educación política en la Antigüedad clásica. El enfoque sapiencial de Plutarco*. Madrid, BAC-UNED, 2012, p. 380.

26 No puede ignorarse el progresivo predominio de la formación técnica en el ámbito universitario, lo que implica una mayor especialización y en consecuencia el predominio de visiones cada vez más particulares y limitadas de la realidad, algo que difícilmente pueda ser una preparación básica adecuada para el gobierno.

gobierno, sino todo lo contrario. Si conjeturalmente puede afirmarse que la experiencia previa que espera Aristóteles de los candidatos a gobernante debe desarrollarse en la administración familiar/económica,²⁷ el principio puede aplicarse a la actualidad sin mayores inconvenientes y extenderla a la labor directiva y el gobierno en entidades de diverso tipo: asociaciones, gremios, instituciones, organizaciones sociales, culturales, educativas, deportivas, empresariales, eclesiásticas.

También se podría agregar el ejercicio exitoso y prestigiado de la propia profesión, si es de las que se conocían antes como liberales. Un prestigio profesional bien ganado, un ejercicio probado de virtudes y hábitos positivos de comportamiento y de trabajo parecen ser una excelente condición para el desempeño de responsabilidades políticas. Quien las asume con ese prestigio ganado lo pone en juego, lo arriesga en la función pública. Tiene mucho que perder.

En cambio, el joven inexperto que no tiene un prestigio profesional ni una conducta públicamente reconocida no tiene nada que perder y no posee mayores obstáculos internos o frenos inhibitorios para incurrir en prácticas ilícitas, ilegítimas o contrarias a la ética del funcionario público y el dirigente político.

Pero esta experiencia previa, con ser extremadamente valiosa, no es suficiente, según el criterio de Aristóteles,

27 En este sentido, Aristóteles recoge y formaliza una convicción que ya existía en la cultura helénica. "El que entre los familiares es hombre honrado, se mostrará también en la ciudad justo. "Mientras que el que extralimitándose o viola las leyes, o planea en su interior imponerse a los que mandan, es imposible que ése alcance alabanza por mi parte. Sin embargo, al que la ciudad coloca al frente, a ése es necesario escuchar tanto en lo pequeño como en lo justo y en lo contrario." Sófocles, *Ajax*, 662-669, p. 198.

para asumir *directamente* responsabilidades de gobierno. Sólo se alcanza con ella el grado de *aprendiz* de la política. Aristóteles entiende que es preciso someterse a una formación específica para adquirir condiciones para el gobierno, y en esto también parece tomar distancia de las (condicionales y difusas) afirmaciones de su maestro en el *Protágoras*, en torno a las dificultades o inconveniencia de una preparación específica para el gobierno.²⁸

En la actualidad, esta necesidad no ha hecho sino volverse cada vez más imperiosa. Diversos factores la sobredeterminan, pero vamos a mencionar sólo dos. Por un lado, una pérdida progresiva del sentido de lo *político* en beneficio de una creciente identidad limitada a lo *social*, que no es adecuada para comprender la naturaleza propia del gobierno, puesto que no entiende la verdadera naturaleza del bien común y lo sustituye por concepciones acumulativas o proyecciones colectivas del bien individual.

Por el otro, la creciente complejidad de la herramienta fundamental del poder político contemporáneo: el Estado, con su lógica propia, sus formas específicas de racionalización, su estructura tecnoburocrática. En la actualidad no basta con poseer una sólida formación jurídica o una clara conciencia ciudadana para comprender la estructura del poder político y operarla adecuadamente: hace falta una especialización que sea compatible con esa visión amplia, universal y necesaria para el gobierno.

Es preciso adquirir una perspectiva genuina de lo político y comprender operativamente el sistema del Estado. No está demás subrayar que *no existe en*

28 Platón. *Diálogos I*. Introducción de Emilio Lledó Íñigo. Traducción y notas de Lledó Íñigo y otros, Madrid, Gredos, 319a-320c, pp. 521-524.

la actualidad mayor desafío intelectual ni práctico que la de ejercer adecuadamente el gobierno de una realidad máximamente compleja y de dinamismo creciente, como es la de una comunidad política.

Incluso puede afirmarse que es el tipo de retos para el que nunca parece estar suficientemente preparado: “imposible es llegar a conocer por entero el alma, el sentimiento y la intención de todo hombre, antes de que se muestre ducho en los cargos y en las leyes”,²⁹ sostiene Creonte en *Antígona*.

Por esa razón, resulta necesaria una formación complementaria, que podríamos situar en el nivel de posgrado, que permita articular formación básica, experiencia social, profesional o institucional, y perspectiva política, en su doble condición: como saber sintético o *sinóptico*³⁰ (propio de todo saber práctico) y como conciencia clara y operativa de su especificidad y complejidad.

Entendemos que una recapitulación y asunción teórica de la propia experiencia que sirve a la vez de preparación específica para asumir responsabilidades de gobierno, resulta imprescindible y constituye de alguna manera una puesta en práctica contemporánea de la necesidad, claramente advertida por los clásicos, de combinar hábitos de reflexión y de estudio, y responsabilidades de gobierno.³¹

29 Sófocles, ob. cit., 176-179, p. 177.

30 El término es tomado de D. Oberndörfer, quien a su vez lo toma de A. Bergstrasser. Oberndörfer, Dieter. *La política como ciencia práctica*. En: Ethos. Buenos Aires, n.4-5, 1979, p. 22 y 38.

31 El contenido, la estructura, las modalidades pedagógicas y de evaluación que deberían tener los programas de formación para el gobierno político son temas que han sido poco explorados. No es posible aquí tratar este asunto en detalle. En general tales programas adoptan un paradigma de carácter técnico, tanto en su vertiente

Estas serían, a nuestro juicio, las condiciones ideales de maduración de un gobernante en la actualidad y los instrumentos que se requieren para llevarla a cabo. Como puede advertirse, se derivan directamente de las tesis de los fundadores de la tradición de la filosofía política. No resulta ocioso aclarar que se trata de condiciones ideales, en absoluto excluyentes o imprescindibles. En el pasado ha habido hombres que contra toda previsión se convirtieron en grandes estadistas, en gobernantes ejemplares. Es posible que hayan surgido o surjan en el futuro personalidades semejantes. Pero si hemos de buscar la forma de preparar y seleccionar gobernantes en las difíciles condiciones actuales, no parecen haber muchas alternativas a las soluciones que propusieron los clásicos.

administrativa como económica o jurídica, y su objeto de interés principal son las llamadas *políticas públicas*. Buscan la formación de expertos y especialistas. Tal formación apunta a capacitar a funcionarios de nivel medio alto, pero no a tomadores de decisión, que como resulta claro, necesitan una perspectiva teórica integral y ampliada, y habilidades prácticas sintéticas.

